Comentarios sobre *La personalidad autoritaria*[1]

Theodor W. Adorno
Traducción de Rodrigo Zamorano

El lugar del estudio en la investigación actual

Para poner de relieve el propósito y alcance del estudio parece apropiado mostrar su relación con otras investigaciones actuales sobre el prejuicio. Trataremos de lograr esto mediante un examen de las diferencias específicas entre nuestro trabajo y el de otros. Por cierto, estas diferencias se deben en parte a circunstancias externas y más o menos accidentales, como el contexto a partir del que surgió el estudio, la composición del equipo investigador que estaba particularmente interesado en los aspectos sociopsicológicos del proyecto, y otros. Sin embargo, estas circunstancias no se dieron por hecho de manera ingenua. Aunque tuvimos que contentarnos con los recursos disponibles, tratamos no obstante de formular nuestras tareas de tal manera que permitiera el mejor uso posible del material, es decir, el tratamiento de problemas que consideramos cruciales y a los que no se les prestaba demasiada atención en la literatura que conocemos. Esta intención llevó no solo a la planificación en el sentido de la división del trabajo, sino también a una evaluación crítica de otros enfoques.

Cabe mencionar aquí que existe un estudio que muestra una considerable afinidad con el nuestro en lo que toca a su interés general, así como también a los métodos empleados: *Problems of Prejudice* de Eugene Hartley.[1] Su proyecto comenzó sin que nosotros lo supiéramos, y cuando el reporte llegó a nosotros, la redacción final de nuestros resultados ya estaba bastante avanzada. En cuanto a las coincidencias entre los hallazgos de Hartley y los nuestros sobre la personalidad prejuiciosa, podemos considerarlos como una corroboración sustancial de lo adecuado de los conceptos en juego. Sin embargo, los dos estudios también son diferentes en sus alcances, su método y su teoría como para que esto suponga problemas de duplicación.

1. El foco subjetivo

Nuestro estudio sobre el prejuicio está dedicado a los aspectos subjetivos. No estamos analizando fuerzas sociales objetivas que producen y reproducen la intolerancia, tales como los determinantes económicos e históricos. Incluso factores de corto plazo como la propaganda no entran en el cuadro *per se*, aunque una serie de hipótesis importantes surgen de los análisis de la propagan-

1

1. Nota de traducción: Este texto, cuyo título original es "Remarks on The Authoritarian Personality", fue redactado por Adorno en inglés en 1948 para ser incluido como posfacio del estudio colectivo *The Authoritarian Personality* (New York: Harper & Brothers, 1950), a cargo de Theodor W. Adorno, Else Frenkel-Brunswik, Daniel J. Levinson, y R. Nevitt Sanford. Finalmente fue descartado y permaneció inédito hasta su publicación en noviembre de 2016 en el número 91 de *Platypus Review* con notas explicativas adicionales de los editores (que aquí reproducimos).

Es posible consultar en línea la digitalización del texto original mecanografiado, alojado en el Archivo Max Horkheimer de la biblioteca de la Universidad Johann Wolfgang Goethe. Asimismo, el texto fue incluido, junto con otros materiales adicionales, en la reedición de *The Authoritarian Personality* publicada por la editorial británica Verso en 2019. Para un comentario crítico, véase el ensayo de Peter E. Gordon, "The Authoritarian Personality Revisited: Reading Adorno in the Age of Trump", *boundary 2* 44.2 (2017): 31-56.

Las notas marcadas con números romanos entre corchetes son del propio Adorno.

da llevados a cabo por el Instituto de Investigación Social.[23] Todos los estímulos que potencian el prejuicio, e incluso el clima cultural en su conjunto –imbuido, como está, de estereotipos sobre las minorías– se consideran como presupuestos. No se le da seguimiento a su efecto en nuestros sujetos; nos mantenemos, por decirlo así, en el ámbito de las "reacciones", no de los estímulos.

Estamos convencidos de que la fuente última del prejuicio ha de buscarse en los factores sociales que son incomparablemente más fuertes que la "psique" de cualquier individuo involucrado. Este supuesto es corroborado por los resultados del propio estudio, en la medida en que muestra que la adaptación a los valores implícitamente promovidos por el "espíritu objetivo" de la sociedad estadounidense actual es uno de los mayores rasgos de nuestros sujetos con puntajes altos.[4] Nos damos plenamente cuenta así de que limitar el estudio a los aspectos subjetivos no está exento de riesgos. Nuestro análisis detallado de los patrones subjetivos no significa que, en nuestra opinión, el prejuicio pueda ser *explicado* en esos términos. Por el contrario, consideramos el análisis de las fuerzas sociales objetivas que generan el prejuicio como el problema más urgente en la investigación contemporánea sobre los sesgos contra las minorías. La relativa negligencia con la que esta tarea es tratada en la investigación estadounidense se debe a su "sesgo democrático", a la idea de que los hallazgos científicos socialmente válidos solo pueden obtenerse mediante la muestra de un amplio número de personas de cuyas opiniones y actitudes depende lo que va a suceder tal y como el éxito o fracaso de una mercancía ofrecida en el mercado supuestamente depende de la mentalidad del comprador. En términos metodológicos, un resultado no poco significativo de nuestro estudio es la sospecha de que el supuesto mencionado anteriormente ya no es cierto. Nuestros sujetos de puntajes altos no parecen comportarse como unidades autónomas cuyas decisiones son importantes para su propio destino, así como también para el de la sociedad, sino que en realidad son obedientes centros de reacciones en busca de "algo" convencional "que hacer" y montados en lo que consideran la "ola del futuro". Esta observación parece estar en línea con la tendencia económica a la gradual desaparición del libre mercado y la adaptación del hombre a la nueva condición que lentamente emerge. Los esfuerzos investigativos que siguen los patrones convencionales de la investigación sobre la opinión pública pueden fácilmente alcanzar el punto en el que el concepto ortodoxo de lo que las personas sienten, quieren y hacen demuestra estar obsoleto.

En la medida en que todos los problemas económicos se toman en consideración, nuestro estudio permanece en el ámbito de la ideología. Registramos y hasta cierto punto interpretamos las opiniones abiertas de nuestros sujetos sobre asuntos económicos específicos, incluidos algunos cruciales como la libre empresa, el control estatal y el trabajo organizado. Sin embargo, las inferencias realizadas a partir de este material no permiten conclusiones seguras en lo que concierne a las verdaderas fuerzas económicas operativas que fomentan el prejuicio hoy en día. Ellas atañen al patrón de pensamiento antes que a los efectos reales que las leyes y tendencias económicas esenciales pueden tener en las dinámicas del prejuicio y sus equivalentes políticos.

Nuestro propio punto de vista respecto al determinismo económico se explica en el capítulo 1;[5] algunas observaciones adicionales aparecen más adelante en el presente capítulo. Aquí nos contentamos con unas pocas palabras sobre lo que podría denominarse la falta de perspectiva histórica de nuestro estudio. Esta falta no solo se debe a la situación específica estadounidense, que no carga con la tradición ancestral del antisemitismo, al contrario de lo que ocurre en Europa. Existen otras consideraciones menos superficiales. Aunque la idea del "judío eterno" rara vez está ausente en la literatura antisemita contemporánea, ha de dudarse de que el antisemitismo moderno sea un fenómeno "histórico" en el sentido estricto de la palabra, es decir, que se derive de una tradición antisemita específica. Sus raíces históricas han de encontrarse más bien en la tendencia general a la creciente "integración" del individuo en la totalidad social y, económicamente, en los sacrificios cada vez mayores que la civilización exige de sus supuestos beneficiarios. No existe una continui-

dad histórica ininterrumpida entre las formas más antiguas de antisemitismo y la marca totalitaria actual. Los aspectos falsos a menudo observados del antisemitismo moderno (véase Sartre),[6] los frecuentes indicios de que incluso nuestros sujetos de puntajes altos casi nunca están del todo convencidos, permiten el supuesto de que el antisemitismo moderno se alimenta en gran medida de una pseudotradición artificial arbitrariamente convocada por sus promotores y a la que ciegamente adhieren sus bases. Con toda su irracionalidad, el antisemitismo solía estar de algún modo en concordancia con ciertos principios esencialmente incongruentes de la sociedad, ante todo la creencia cristiana en el diablo. Esta base histórica ha sido completamente disuelta por la Ilustración moderna. El invaluable estudio *The Devil and the Jews* de Joshua Trachtenberg revela claramente –en términos de la motivación histórica concreta– la absoluta incompatibilidad de las versiones medieval y contemporánea del odio a los judíos.[7] Sus raíces últimas –la represión social y los impulsos sádicos que genera– son idénticas, aunque de un modo invariable, casi ahistórico; sin embargo, no existe una verdadera continuidad con respecto al contenido histórico de la ideología antijudaica ni a las reacciones primarias. En un mundo que prescinde completamente del diablo, es imposible construir una conexión inmediata entre el anatema religioso pronunciado contra los judíos y la actual planificación administrativa de la liquidación de las "razas inferiores". Lo que sucede es más bien que la presión social no mitigada se usa para volver a movilizar las huellas de prejuicios y estereotipos antiguos y a veces casi olvidados. Pero estas huellas siguen siendo incompatibles con el estadio de racionalidad que la sociedad ha alcanzado hoy por hoy. La ideología antisemita moderna es el antídoto contra los sufrimientos que implica la civilización racional en lugar de la expresión inmediata ya sea de esta civilización o del tipo de irracionalidad del que hace gala el antisemita. Esta inconsistencia potencia la violencia en vez de mitigarla. Quienes son incapaces de creer en su propia causa, es decir, los adeptos a la tecnología que se surten a sí mismos de nociones demonológicas desde el ático de su hogar intelectual, deben constantemente probarse a sí mismos la verdad de su evangelio mediante la realidad e irreversibilidad de sus acciones.

Un análisis verdaderamente histórico del antisemitismo no podría limitarse a su propia historia intrínseca, a la "milenaria persecusión de los judíos". Tendría que apuntar al elemento falso que es parte de su forma presente, elemento que probablemente también estaba contenido en sus formas anteriores, pero que –en un país en el que las memorias históricas difícilmente van más allá del umbral de la era capitalista– excluye cualquier impacto real de la tradición. El aspecto objetivo decisivo del antisemitismo actual es el hecho de que no puede ser plausiblemente atribuido a impulsos espontáneos de la población. Es una doctrina cuidadosamente meditada, racionalmente urdida, promovida desde arriba, que utiliza poderosas disposiciones sociopsicológicas en las masas. La diferencia entre el antisemitismo moderno y las tendencias históricas anónimas es precisamente este racionalismo en lo irracional. *Rehearsal for Destruction*, el análisis de Paul Massing del antisemitismo prehitleriano desde la época de Bismarck, ha puesto de relieve esto:[8] los "movimientos" antisemitas que los nazis señalaron como prueba de su tradición en las bases fueron activados y desactivados por los líderes del Imperio alemán, dependiendo de las siempre cambiantes condiciones de la política del poder interno. La historia del antisemitismo no es su "propia" historia, sino la historia política y social del mundo en el que cumple su perniciosa función.

2. No es un muestreo del prejuicio

El estudio no es un muestreo de actitudes antisemitas o de algún otro modo prejuiciosas. Sin embargo, ciertas generalizaciones relativas a tales actitudes pueden inferirse de sus resultados. En su conjunto, el objetivo de nuestro trabajo podría resumirse de la siguiente manera. Tratamos de analizar el tipo de persona –en muchos sentidos característica de nuestro tiempo– cuya disposición psicológica general haría de ella un potencial seguidor de movimientos totalitarios o ideologías intolerantes. Por otra parte, estábamos

interesados en el tipo de persona de la que se podría esperar que se opusiera militarmente a tales movimientos. El punto focal de nuestra investigación es la diferenciación entre "altos" y "bajos": la presencia o ausencia real de prejuicio fue un asunto de importancia secundaria para nosotros, aunque las mentalidades "alta" y "baja" se definieron originalmente en estos términos. Quizás el epítome de la concepción general de esta relación sea la afirmación de que prácticamente todas las personas prejuiciosas son "altas", mientras que hay numerosas "altas" que, por una u otra razón, no son abiertamente prejuiciosas (o por lo menos no antisemitas), pero que probablemente serían susceptibles a la propaganda fascista si un movimiento totalitario tomara impulso. En cuanto a lo oportuno de los "altos" y los "bajos", nuestro hallazgo de que los "altos" se adaptan más plenamente al clima cultural predominante y están –al menos de manera superficial– mejor ajustados que los "bajos" parece indicar que, medidos con los estándares del *statu quo*, ellos también son más característicos de la situación histórica actual.

Estas breves consideraciones ya muestran que los resultados de nuestro estudio están en marcado contraste con las encuestas sobre antisemitismo como la realizada por *Fortune Magazine*[9] o las del Instituto Gallup.[10] Aquí, nuevamente, las limitaciones involuntarias coinciden con nuestras intenciones conscientes. En relación con esto, la imposibilidad de estudiar una muestra equilibrada y verdaderamente representativa –imposibilidad que se debe en parte a la complejidad de nuestro instrumento de investigación básico– debe ser mencionada. No obstante, incluso la peculiar composición de la muestra ha de atribuirse al interés guía que nos hizo buscar "grupos claves" antes que promedio, dado que estos últimos difícilmente serán decisivos con respecto a si el fascismo ha de gobernar o no el país. Además, nuestras intenciones obviamente no podían servirse de los métodos de las encuestas. La susceptibilidad, es decir, las actitudes potenciales, no puede abordarse como si se tratara de un asunto drástico y claramente definido. Si se pregunta a una persona si va a votar por Roosevelt o Dewey, su respuesta se considerará –dentro de un cierto margen– indicativa de lo que realmente hará. Sin embargo, si le preguntamos a la misma persona si es antisemita, apenas es posible contar con que se trate de una respuesta confiable. Puede haber controversias sobre el significado del término antisemita o la ideología estadounidense oficial puede evitar que la persona exprese su prejuicio si se le pregunta directamente, pese a que pueda albergar sentimientos muy fuertes al respecto. Es más, este prejuicio puede ser preconsciente o incluso inconsciente. Desde luego, todas estas salvedades son igualmente válidas, si es que no más, con respecto a la susceptibilidad. No hace falta decir que no se puede esperar que preguntas del tipo: "¿Se uniría eventualmente a un movimiento fascista si tuviera la certeza de que tiene un respaldo poderoso y un fuerte apoyo popular?" produzcan información confiable. Todos los aspectos del prejuicio contra las minorías están tan cargados de afecto, tan profundamente implicados con necesidades y mecanismos irracionales, que un enfoque racional debe necesariamente seguir siendo superficial y falaz. El problema de la personalidad "alta" no se resolvería si la investigación se quedara en el ámbito de la opinión, sin importar cuánto más tangibles y medibles parecieran ser dichos resultados. La mayor parte del material de opiniones reunida en nuestro estudio nunca se consideró autosuficiente, sino que siempre fue evaluada en el marco de nuestro enfoque general. Las preguntas "dinámicas" frecuentemente fueron el resultado de la información sobre opiniones. Lo que quizás se perdió en términos de certeza con respecto a problemas como "¿qué porcentaje de las clases medias estadounidenses son antisemitas?" se ganó con respuestas a la pregunta "¿qué tipo o tipos de personas, cuantitativamente relevantes, pueden considerarse –mediante generalizaciones prudentes– como potenciales seguidores fascistas?". No apuntamos a la clasificación superficial, sino más bien a las generalizaciones más limitadas, aunque más significativas, de los rasgos esenciales del "carácter fascista". En relación con esto debe juzgarse que, especialmente en áreas de la ideología política y económica, la distinción entre "altos" y "bajos" debió ser parcialmente relativizada como una dicotomía superficial. Tuvo que dar

paso a la construcción de un patrón general de la mentalidad estadounidense característica de hoy que –a través del clima cultural estadounidense general– está imbuida de elementos "altos" que no caen dentro de los límites de "lo alto" o "lo bajo" tal como fueron definidos en nuestro estudio. Creemos que las agencias cuya tarea es defender la democracia estadounidense deben prestar la más seria atención a este resultado específico.

3. La relación con el psicoanálisis

El problema fundamental de si, y hasta qué punto, el prejuicio puede ser abordado con métodos psicológicos en general, y de la psicología de la profundidad en específico, se discutirá de manera más sistemática posteriormente. Sin embargo, cabe mencionar aquí la relación de nuestra investigación con otras investigaciones psicoanalíticas en este campo (Fenichel, Simmel y muchos otros),[11] que han ejercido una influencia considerable en nuestro método. Todo nuestro estudio, aunque su tema y objeto caen en el área de la psicología social, está totalmente en sintonía con el psicoanálisis es su versión freudiana más ortodoxa. En términos teóricos, nuestro grupo se opuso a los intentos por "sociologizar" el psicoanálisis mediante el ablandamiento de sus conceptos básicos –el inconsciente, la sexualidad infantil, el dinamismo psicológico de la mónada– al buscar influencias ambientales que tendrían que ser registradas en términos del yo antes que del inconsciente.[12] Si, como resulta inevitable debido a la complejidad de nuestro estudio, los factores psicológicos ambientales juegan un papel importante, las respuestas reunidas en el ámbito de la "influencia" externa en ningún momento se consideran explicaciones definitivas de rasgos de la personalidad; son meramente estadios en la búsqueda de tales explicaciones y exigen una interpretación psicoanalítica más acabada. Si en algunos puntos parecemos quedarnos dentro de los límites de la psicología social más convencional, ello no se debe a ningún sesgo "revisionista" de parte nuestra, sino a las limitaciones metodológicas inevitables de nuestro estudio. Nos tomamos el psicoanálisis demasiado en serio como para juguetear con él en una investigación que, en el mejor de los casos, no puede dedicar más que unas pocas entrevistas individuales a los casos que han sido seleccionados para un escrutinio más detallado. Aunque los datos recogidos en estas entrevistas podrían demostrar ser significativos, no estaríamos en posición de afirmar plausiblemente que en realidad analizamos a nuestros sujetos. A este respecto, el estudio colectivo de casos psicoanalíticos realizado por el departamento de investigación del American Jewish Committee será de considerable valor suplementario.

No obstante, nuestro interés sociológico guía, aunque de ningún modo afectó nuestra actitud en el campo de la psicología como tal, al menos nos impidió comportarnos como psicólogos. Ideas como las de "personalidad prejuiciosa" o "carácter fascista" cobran sentido solo si podemos tener la certeza de que son cuantitativamente relevantes y de que la interconexión entre ciertas actitudes altamente específicas y rasgos de personalidad amplios –el tema principal de nuestra investigación– puede observarse con marcada regularidad. Tenemos que hacerle justicia al aspecto social de nuestro problema al menos en la medida en que se pueda demostrar que nuestros hallazgos y categorías psicológicas son socialmente relevantes, es decir, cuantificables; nuestro concepto de carácter fascista solo puede volverse productivo en la medida en que tengamos éxito demostrando que se trata en verdad de un "tipo", que los rasgos, actitudes y opiniones que consideramos vinculados por una necesidad profunda efectivamente obedecen a dicha necesidad. La única evidencia es la asociación regular de estos rasgos mediante nuestra muestra. Así, en la sección clínica de las entrevistas, el procedimiento de calificación ha de establecer una fiabilidad estadística en aquellas áreas de la investigación que se acercan más al centro psicológico del individuo.

La relación de nuestro proyecto con los procedimientos psicoanalíticos puede entenderse de acuerdo con esto. Nuestras hipótesis guía verdaderamente psicológicas, es decir, aquellas tras la escala F (escala de las tendencias antidemocráticas implícitas), los elementos proyectivos del cuestionario y el programa de entrevistas[13] pertenecen

definitivamente al psicoanálisis. Sin embargo, el método al cual son sometidas está en línea con la investigación social y académica. Nuestro estudio puede, por tanto, denominarse un primer intento, uno preliminar, por integrar la psicología de la profundidad y la generalización estadística. La meta de esta integración sería doble: por un lado, liberar al psicoanálisis de la –a nuestro parecer– injustificada obligación de la generalización prematura, el "saltar a las conclusiones"; por el otro, métodos incuestionablemente cuantitativos se aplicarían a problemas que no son trivialidades ni algo entre la verdadera percepción psicológica y las ideas populares, sino más bien categorías que usualmente se piensa que están más allá de la verificación en términos de fiabilidad científica productiva.

4. Ni investigación "comunitaria" ni investigación "acción"

En su "Methodological Errors in the Study of Anti-semitism"[14] Shlomo Bergman sostiene –por razones puramente lógicas– que no hay razón para asumir que un hombre que ataca físicamente a judíos es más antisemita que uno que declama contra ellos en las esquinas: solo es más violento. De manera similar, el desastre resultante de una acción contra los judíos de ninguna manera refleja el grado de antisemitismo que lo inspira. La quema de una sinagoga, por ejemplo, puede ser mucho más trágica que la circulación de un panfleto, pero esto no demuestra que su instigador es más antisemita. Puede igualmente estar inspirada por la simple histeria de la turba o por la ambición oportunista. Pero en la mayoría de los tratamientos modernos del tema, los niveles de violencia y desastre se identifican sin ningún cuidado con los niveles de antisemitismo. Debemos enseñarnos a nosotros mismos a ser conscientes de que cada acto que los judíos sufren no es necesaria y automáticamente antisemita.

Se debe hacer un fuerte hincapié en estas observaciones críticas. No solo tenemos que evitar cuidadosamente un cortocircuito entre la teoría y la práctica que podría llevarnos con facilidad a luchar contra los síntomas y descuidar lo esencial, sino que la interconexión entre las manifestaciones antisemitas y el problema de la discriminación tal como ha surgido del poderoso ejemplo de la Alemania de Hitler es altamente dudoso. No hubo una relación inmediata entre los estallidos de antisemitismo espontáneo y las políticas nazis de exterminio. Las demostraciones espontáneas contra los judíos en el Tercer Reich fueron, sin excepción, manipuladas, activadas y desactivadas. Distritos que tenían un fuerte vínculo tradicional con el antisemitismo, como por ejemplo Oberhessen, nunca realizaron una demostración particular bajo Hitler; Franconia, por otra parte, que no tenía una tradición de ese tipo, se volvió tristemente célebre debido a unos pocos líderes excepcionalmente violentos. Gregor Strasser,[15] el más eficiente organizador del partido nazi, declaró poco antes de la toma del poder, que el tiempo del *Radau-Anto-semitismus* [antisemitismo matonezco] se había acabado, declaración que dio una espuria sensación de confort a muchos judíos. Bajo un gobierno totalitario, el antisemitismo deja de ser un asunto de hostilidades primarias por parte de las personas y de acciones verdaderamente espontáneas. Es una medida administrativa que usa los prejuicios existentes y, en un grado aún más alto, las disposiciones psicológicas. Naturalmente, los matones que acosan a los judíos en la playa son material ideal para las tropas de asalto, pero el triunfo del antisemitismo no depende de ellos. El problema de la alienación en el que insistimos en nuestra discusión del material político y económico de las entrevistas, y que se vislumbra también en el artículo de Nathan Glazer sobre la alienación del hombre moderno,[16] afecta la estructura misma de las actitudes antisemitas. Lo que hoy importa no es tanto que las personas puedan odiar a los judíos lo suficiente como para iniciar un pogromo, sino que puedan apoyar un movimiento que incluye el antisemitismo en su plataforma. Es mucho más importante verificar el tipo de personas que podrían estar dispuestas a unirse a movimientos o respaldar gobiernos que planean exterminar a los judíos que examinar la causa específica de los problemas antisemitas en un área dada. El problema real es el antisemitismo totalitario y no los estallidos más o menos inciden-

tales. Estos pueden ser síntomas de tendencias, y es ciertamente bueno y útil estudiarlos y tratar de remediar sus supuestas causas. Sin embargo, sería bastante ilusorio asumir que tales proyectos –sean teóricos o prácticos– podrían realmente iluminar la naturaleza y el alcance de la amenaza o que "curas" (incluso curas exitosas) podrían afectar en serio el potencial antisemita. Podemos llegar incluso a plantear que el antisemitismo totalitario está, por decirlo así, alienado de los prejuicios de sus propios adherentes; en realidad, el prejuicio entra en el cuadro solo como un apéndice de algo incomparablemente más abarcador. Sin desacreditar los estudios sobre comunidades favorecidos actualmente debido a su concreción y al rápido retorno que son capaces de producir, creemos estar en lo correcto al dar a nuestro estudio un énfasis completamente diferente, el de la "antropología cultural". Nuestra hipótesis es que se puede luchar de manera adecuada contra el antisemitismo contemporáneo políticamente o con medidas educacionales a largo plazo, pero no con acciones a corto plazo o en el acto o a través de la institución –ya a estas alturas mitológica– de las "relaciones interculturales". Considerados en términos pragmáticos, nuestros hallazgos deben ser evaluados principalmente en términos de un programa educacional a largo plazo que busque afectar las condiciones antropológicas generales y básicas que favorecen el ascenso del fascismo en este país. Este énfasis puede parecer académico y derrotista para quienes lo esperan todo de las manifestaciones de buena voluntad. No obstante, somos de la opinión de que la situación objetiva necesita una actitud un tanto reservada con respecto a dichas manifestaciones.

Posición de nuestro estudio con respecto a las principales teorías

En una discusión de las teorías principales del antisemitismo y nuestro propio posicionamiento teórico, el problema de nuestra definición específica del antisemitismo debe necesariamente hacer su aparición. Esta cuestión a menudo funciona como una forma metodológicamente velada de sabotaje de cualquier indagación que examine el asunto en realidad. Después de Auschwitz es ridículo pedir una definición de antisemitismo. Debiésemos saber, tal como lo sabía un nazi, a qué se refiere "judío". En específico, y en un nivel más o menos técnico, el antisemitismo ha sido definido en la discusión de la escala AS (escala de antisemitismo). En términos más generales, este libro es una respuesta y las definiciones aisladas apenas son necesarias.

Con respecto al problema de la causalidad, podríamos decir que no suscribimos una teoría monista ni tampoco una pluralista. Sería absurdo seleccionar una fuente única y aislada del antisemitismo, como por ejemplo la envidia, la frustración, etcétera, y atribuir todo y cualquier fenómeno antisemita a esta causa. Sería menos absurdo, aunque por cierto bastante superficial, enumerar una serie de factores y sostener que todos ellos, relativamente independientes entre sí, juegan un papel en la producción de la personalidad prejuiciosa. La mayoría de estos factores fueron aislados de manera arbitraria en los procedimientos científicos y solo posteriormente fueron hipostasiados como determinantes puntuales. La imposibilidad de tratar cualquiera de ellos por separado es evidencia de su entrelazamiento objetivo. No es posible hablar de proyectividad sin hablar de agresividad; no es posible discutir la agresividad sin mencionar la frustración; no es posible analizar la frustración sin llegar a lo que popularmente se conoce como envidia; y no es posible hablar de envidia sin pensar en el poder adquisitivo y la actitud social que habitualmente la acompaña, etcétera. Hemos empleado el término síndrome para denotar la absoluta interconexión entre estos factores y para intentar hacer justicia a la imposibilidad siempre recurrente de aislar los diversos factores por medios distintos de las definiciones arbitrarias. Nuestra hipótesis sobre lo que causa el antisemitismo es la siguiente: se debe a la estructura total de nuestra sociedad o, para plantearlo de manera más generalizada, a toda sociedad esencialmente coercitiva. Esta totalidad se manifiesta en numerosos aspectos, todos los cuales se constituyen en ella y aparecen como "causas" particulares solo para el tipo de pensamiento que, siguiendo ingenuamente el patrón de las ciencias

naturales, olvida que todos los hechos sociales llevan la marca del sistema en el cual aparecen, y el cual nunca puede ser explicado satisfactoriamente por la enumeración atomista de distintas causas. No hace falta decir que uno y el mismo aspecto de una totalidad social –por ejemplo, el aspecto religioso del prejuicio– asume un peso diferente en diferentes momentos y diferentes lugares.

La actitud hacia las explicaciones económicas

Hemos declarado en repetidas oportunidades nuestro acuerdo básico con la teoría económica que ve en el antisemitismo un fenómeno esencialmente social antes que psicológico y que debe entenderse económicamente en la medida en que la sociedad misma se constituye a través de la economía, es decir, a través del proceso de autosustento de la especie humana y las disparidades que este proceso ha producido. Sin embargo, como señalamos en el capítulo 1, que discute el énfasis psicológico de nuestra investigación, no creemos que la motivación económica baste para explicar la existencia o ausencia del prejuicio en cualquier persona particular. Llamamos la atención sobre la instancia en que las personas tuvieron que afrontar desventajas económicas debido a sus sesgos, y señalamos que el fascismo, en Alemania, significó la ruina económica para amplios sectores de sus seguidores mucho antes de que se perdiera la guerra,[17] pero aparentemente sin quebrar su lealtad. Por supuesto, podría argumentarse que incluso en estos casos se impuso la simple avaricia económica, que estas personas estaban dispuestas a hacer sacrificios temporales con la esperanza de una compensación final, específicamente mediante la conquista alemana de Europa, y que la expropiación de los judíos, cualquiera haya sido la magra ganancia que produjo en las masas, no era sino un engranaje en la maquinaria de la avaricia universal. Hay mucho que decir a favor de esta línea de razonamiento, pero aún parece bastante dogmático asumir una motivación económica inequívoca, incluso si se refiere a un futuro distante, como el motor operativo principal del individuo antisemita. Una mirada casual a cualquier fascista muestra que su actitud no parece reflejar la racionalidad implicada en las motivaciones económicas. Está más empeñado en la destrucción de los judíos y posiblemente también de su propiedad que en tomar posesión de esta. El motivo de la envidia, en el que más a menudo se insiste en los intentos populares de vincular los determinantes económicos y psicológicos, difícilmente tenga validez en una Europa en que la posición del judío intermediario decayó como resultado de la expansión monopolista de la industria. Tiene aún menos fundamento en la realidad en los grandes centros urbanos estadounidenses, con su enorme proletariado judío. En términos generales, el estereotipo tradicional de que todos los judíos son ricos parece ser altamente indiferente a lo evidente de su falacia.

La aparente contradicción entre nuestra aceptación de una teoría esencialmente económica del antisemitismo y nuestra admisión de lo inadecuado de la motivación económica como medio para entender cabalmente las actitudes y comportamientos antisemitas nos ofrece la oportunidad de formular nuestro punto de vista.

La respuesta al problema está sugerida en nuestra declaración anterior de que el principio de la totalidad social explica el prejuicio. Es en el sentido de esta totalidad antes que de las motivaciones aisladas y los intereses tangibles que hablamos de los fundamentos económicos del antisemitismo. Esto no solo se aplica al hecho de que la desigualdad y la presión social dependen en el análisis final de la diferenciación económica. Vamos más allá. La estructura del sistema económico afecta a todas las relaciones humanas e incluso a la composición más íntima del individuo. Así, el rasgo absoluto de la "alienación" social refleja en gran parte la naturaleza de una economía mercantil en la cual el hombre aparece como productor y consumidor de bienes y no como el sujeto de su sociedad. Apenas necesitamos hacer hincapié en el efecto que fenómenos económicos como la competitividad o la particular marca de colectivización concomitante con la fuerte concentración actual del capital tienen en las acciones humanas y, por decirlo así, sobre el ser total de los humanos como tal. De hecho, el impacto de la estructura económica como un todo puede incluso cegar al

individuo ante su propia motivación económica, así como también ante el conocimiento de acciones contrarias a su interés económico. La psicología individual es en gran parte una agencia a través de la cual las leyes económicas se vuelven operativas en actitudes y comportamientos sin que el individuo esté consciente de ello. Así, en la sociedad competitiva del liberalismo decimonónico, el funcionamiento del sistema del mercado estaba mediado por las necesidad y deseos subjetivos que nada sabían del hecho de que su cumplimiento dependía en gran parte del funcionamiento del todo y solo en un grado muy pequeño de la iniciativa individual en sí misma. De hecho, si cada individuo hubiera estado plenamente consciente de no ser más que un engranaje en la maquinaria total y de su incapacidad de realmente determinar su destino, el sistema apenas habría funcionado en primer lugar. La ceguera ante las leyes objetivas y, en último término, la represión de la intuición que rechaza la armonía entre la sociedad y el individuo son ellas mismas el resultado del sistema económico. Las personas son inevitablemente tan irracionales como el mundo en el que viven. Así, no es tanto que la psicología, es decir, el ámbito de la determinación irracional de las actitudes y el comportamiento, se oponga a la causalidad económica como que es el resultado de la irracionalidad económica, que en sí misma es un elemento intrínseco de la totalidad socioeconómica en la que vivimos. Las personas no siempre están guiadas por sus intereses económicos claramente definidos y sería estúpidamente racionalista buscar una motivación tal. Pero incluso cuando actúan contra dichos intereses, reflejan tendencias producidas por el proceso económico como un todo. La construcción de esta relación no es meramente especulativa; no postulamos una armonía preestablecida entre el proceso económico social y la psicología individual. Nuestra hipótesis, no obstante, es que la aparente ruptura entre las dos esferas, tal como se expresa en los comportamientos económicamente irracionales, en verdad se debe a las condiciones económicas que niegan realización a innumerables individuos y que permiten la "integración" del individuo solo en la medida en que reaccione pasivamente, por decirlo así, y renuncie –junto con su autonomía subjetiva– a ocuparse estrictamente de sí mismo. Para volver sobre la teoría de la envidia: la envidia es ciertamente un aspecto del prejuicio, pero las personas no son antisemitas porque sientan envidia de los judíos. Sienten envidia como tal por la constante presión social y la descarada contradicción entre las potencialidades económicas de hoy y su propia existencia profundamente insatisfactoria. Eventualmente su envidia se dirige contra los judíos, o cualquier otro grupo minoritario disponible, siguiendo la línea de la menor resistencia. Esto, al menos, es lo que parecen sugerir nuestros hallazgos relativos al "carácter funcional" del prejuicio. Mientras más nuestra sociedad tiende a volverse "integral", es decir, una totalidad completamente organizada, más crece la presión que ejerce en el individuo comparativamente impotente. Y es exactamente este proceso el que potencia los mecanismos de defensa psicológicos que están vinculados con el prejuicio. Es muy posible que incluso la manifestación más horrible de la discriminación, la política nazi del "genocidio", esté profundamente conectada con el hecho económico de que la forma actual de organización económica se muestra incapaz de reproducir el sustento de la población bajo tales condiciones. Sin embargo, puede que este no necesariamente haya sido un objetivo consciente determinante en las mentes de la jerarquía nazi, aunque puede haber jugado un rol mayor en su pensamiento –por razones ideológicas– de lo que tuvieron el cuidado de admitir. Bien podríamos asumir que el temor de ser superficiales se cierne sobre el antisemitismo contemporáneo de otros países también. La idea expresada en el tratamiento de los judíos en los campos de concentración y las fábricas de la muerte –que se trataba de simples objetos para manipular, cadáveres vivientes, no mucho más que "barras de jabón"– puede fácilmente haber sido una proyección de la tenue consciencia de la persona prejuiciosa de su propia situación social, consciencia que pudo suprimir exitosamente solo probándose a sí misma y a los demás que era el otro de quien se podía prescindir.

Todo esto, desde luego, es puramente teórico y no puede en realidad ser demostrado mediante

nuestro trabajo. Señala más bien una tendencia de ideas que nos llevaron a las investigaciones psicológicas sin renunciar a la teoría económica del prejuicio. Averiguar cómo operan las leyes económicas objetivas, no tanto a través de las "motivaciones" económicas del individuo como de su constitución inconsciente, exigiría una amplia y bien planificada investigación específica. Nos aventuramos a sugerir, no obstante, que la solución al problema nos daría la verdadera explicación científica de la naturaleza del prejuicio contemporáneo. Nuestro estudio al menos ha puesto a disposición considerable material en bruto y una serie de hipótesis para tal empresa. En relación con esto, podemos mencionar el concepto de solidaridad de grupo o, como lo llamó un hombre "de puntaje alto", la lealtad, que juega un rol extremadamente importante en el patrón de personalidad general de las personas prejuiciosas. Tenemos un conocimiento considerable de la etiología psicológica de la lealtad grupal, su dependencia de la solución "autoritaria" del complejo de Edipo, y también sabemos bastante sobre la función económica de este tipo de lealtad. Al subordinar los intereses económicos manifiestos del propio individuo a los del grupo con el cual se identifica, la lealtad favorece intereses de clase que son mucho más decisivos para el funcionamiento de las leyes económicas objetivas que los intereses particulares del individuo. Al mismo tiempo, esta identificación ayuda a racionalizar frustraciones individuales en la medida en que imagina la ventaja del grupo del cual el individuo se considera un integrante. Es el ámbito de la ideología en el que los procesos psicológicos inconscientes parecen transformar leyes económicas objetivas "inconscientes", y por lo tanto opacas, en patrones de comportamiento individual.

5. Actitudes hacia el enfoque sociológico

En relación con esto, el término "sociológico" designa teorías que tratan de explicar el fenómeno del prejuicio por medio de categorías generales que se refieren a los humanos como seres sociales y que derivan leyes de las estructuras más o menos formales de su vida en común. Aquí se hacen presentes, por ejemplo, explicaciones que redundan en la distinción entre endogrupo y exogrupo, estabilidad social y movilidad, formas cerradas y abiertas de organización social, etcétera. Tales explicaciones parecen acercarse bastante a nuestro propio enfoque: hacen justicia a la naturaleza esencialmente social, supraindividual del prejuicio; consideran el concepto de totalidad social más que las causas económicas atomistas; parecen establecer vínculos entre los aspectos objetivos (sociales) y subjetivos del prejuicio.

Es precisamente este parecido superficial el que hace necesario que expliquemos la diferencia entre nuestra actitud específica y el enfoque sociológico. No negamos que los conceptos en los que hace hincapié el enfoque sociológico juegan un importante rol en el prejuicio. Existe amplia evidencia de que la distinción endogrupo-exogrupo es fuertemente libidinizada por los antisemitas; que los exponentes real o declaradamente conservadores del antisemitismo resienten la "movilidad" judía (a menudo asociada con su urbanización) como una amenaza a lo que consideran estable, el orden regido por la tradición; que ciertos grupos sociales como los clubes exclusivos están casi invariablemente imbuidos de odio racial. Sin embargo, no creemos que estos conceptos sociales formales, que son en gran parte abstracciones del *contenido* de las dinámicas sociales y psicológicas, sean *causas* del prejuicio. Asumir esto frecuentemente lleva a una neutralización de los problemas científicos que permite que fenómenos que están intrínsecamente vinculados con las relaciones concretas de propiedad y de poder aparezcan como si se debieran a la existencia de la sociedad organizada como tal. Pese al énfasis en los "factores sociales", las actuales explicaciones sociológicas asumen así un aire de "naturalidad" que hace que el prejuicio parezca inofensivo –un mal necesario de la sociedad organizada– y perenne. Refuerza esta impresión el hecho de que la sociedad como la conocemos ha sido en realidad asociada con los rasgos discriminatorios de tal manera que estos pueden con facilidad ser interpretados como invariantes de la organización social antes que como la consecuencia de la explotación y la represión. Es como si el enfoque so-

ciológico hipostasiara el efecto solidificado de las fuerzas sociales materiales y las hiciera, a su vez, responsables de las tendencias de las cuales ellas mismas son meros resultados. Esto lleva a una actitud de sentido común superficial que no logra advertir la seriedad de la amenaza que, en último término, es en sí misma "antisocial" ni concebir la idea de un cambio social mediante el cual dicha amenaza pueda desaparecer.

Sin importar cuán "sensatas" puedan parecer las explicaciones sociológicas, un aspecto revela su carácter inadecuado: la supuesta obviedad de sus categorías principales. La experiencia histórica ha condicionado el pensamiento a tal punto que tesis como "el endogrupo es hostil al exogrupo" o –expresada psicológicamente– "el extranjero siempre es odiado" parecen ser obvias y no necesitar explicación. Dejando de lado el hecho de que el problema de si deben existir endogrupos y exogrupos en la sociedad organizada es soslayado por la observación autosuficiente de que donde sea que haya ocurrido esta división existía también la discriminación, la supuesta naturalidad de la hostilidad es dudosa. Un lego, alguien no formado por el aparato sociológico, bien podría preguntar: ¿por qué *es* odiado el extranjero? Como respuesta obtendrá o bien silencio o bien la repetición de que esto es así, que es natural, o explicaciones que, en la medida en que no dan por hecho el fenómeno, pierden el aire de lo obvio y no son, por lo tanto, en absoluto populares. La ingenuidad de tal cuestionamiento no debiese ser desalentada. Incluso a nivel superficial, el odio al extranjero no es inequívoco. La literatura está llena de relatos sobre el hechizo erótico de las mujeres extranjeras, de la "Mädchen aus der Fremde";[18] lo poco común, lo novedoso a menudo se retrata como incomparablemente más atractivo que la rutina del mundo al cual estamos acostumbrados, del "endogrupo"; en numerosas sociedades primitivas al extranjero no se lo considera en absoluto con simple hostilidad sino con asombro y afectación positiva. Hay razones para creer que esto atañe no solo a los individuos sino también a grupos más amplios como los alemanes y los judíos. El enfoque sociológico debería necesariamente explicar esta ambigüedad. En el momento mismo en que se embarcara en tal explicación, la obviedad de la "hostilidad" desaparecería. Si la afirmación de que el extranjero es el enemigo se suplementara con la explicación "…porque es ominoso", el problema simplemente se desplazaría, pero no se habría resuelto. Tendríamos que preguntar: "¿qué es lo ominoso y qué mecanismos están detrás de la experiencia de lo ominoso?". Freud sostuvo que lo ominoso no es lo que experimentamos como "extraño" en un sentido absoluto, sino más bien lo que nos resulta demasiado familiar, lo que tuvimos que reprimir en nosotros mismos, y lo que, por lo tanto, objetamos si lo encontramos en otros.[19] Bien podríamos asumir que incluso en el nivel socioeconómico patrones igualmente dialécticos podrían formar la base de las relaciones entre el endogrupo y el exogrupo. Así, se ha sugerido[20] que la típica objeción del endogrupo –que los judíos no son productivos– se debe en último término a la consciencia inarticulada del endogrupo de que él mismo es improductivo, de que se apropia del trabajo de otros. Apenas el análisis se fuerza en la dirección de estas consideraciones, el marco conceptual del enfoque sociológico se desmorona y debe dar paso a conceptos completamente diferentes. El constructo de endogrupo y exogrupo puede finalmente demostrar no ser más que una expresión diluida y formalizada de relaciones de clase.

Por supuesto, el aspecto "integrador" del enfoque sociológico se pierde en el proceso del razonamiento y los problemas se devuelven, por decirlo así, a las disciplinas tradicionales de la economía y la psicología. A primera vista, esto parece contradecir nuestro supuesto básico de que el prejuicio está determinado por el sistema socioeconómico total. No obstante, nuestro supuesto no implica que esta totalidad sea consistente en sí misma. Por el contrario, su carácter intrínsecamente antagonista es precisamente la razón de los resultados irracionales, la discriminación. La esencia de esta totalidad es afirmarse a sí misma mediante el egoísmo de aquellos a los que compromete, pero simultáneamente obstaculizar y poner en peligro este egoísmo de manera constante e incesante. Podría denominarse una totalidad que se contradice a sí misma, pues ciertamente no incluye la

armonía entre el todo y lo particular. La ruptura entre ellos se expresa ingenuamente en la división del trabajo científico en disciplinas tales como la economía y la psicología; la ingenuidad de la división –a saber, el concepto de que existe la economía por una parte y los individuos sobre los que funciona por la otra– ha de ser superada por el conocimiento de la identidad última de las fuerzas operativas en ambas esferas. Ahora bien, por el contrario, la división expresa la verdad de que en nuestra sociedad ni lo total ni lo individual pueden identificarse inmediatamente; deben entenderse como opuestos mientras que siguen siendo aspecto del mismo todo. El enfoque sociológico olvida con demasiada facilidad que la alienación de las diferentes ramas de la ciencia social es adecuada a la realidad en la medida en que le hace justicia a la alienación social como tal. Es, por lo tanto, más apropiado proseguir el análisis en una rama dada de la ciencia hasta que los resultados se vuelvan transparentes con respecto a la totalidad social que introducir conceptos derivados de esta totalidad de una manera demasiado fácil. Es a la vista de estas consideraciones metodológicas que nuestra indagación se ha mantenido dentro de los límites de la especialización.

Actitudes hacia la tesis religiosa

La explicación religiosa del antisemitismo ofrece una oportunidad de aclarar nuestro enfoque en relación con otras explicaciones particularistas, sin importar cuánta verdad estas puedan contener. En su forma más antigua, la tesis de la religión deduce el antisemitismo de la oposición entre el cristianismo y el judaísmo, y especialmente de la idea tradicional de que los judíos fueron responsables de la crucifixión de Cristo. En términos pragmáticos, este supuesto lleva a un énfasis extremo en el "antisemitismo de escuela dominical" y a la expectativa de que la reforma de la instrucción religiosa –que sin duda es altamente deseable– pueda lograr una mejora decisiva. El hecho indiscutible de la indiferencia religiosa, corroborada también por nuestro estudio, prohíbe cualquier explicación religiosa directa de este tipo, a pesar de que pueda parecer adecuada en ciertos países agrarios subdesarrollados con poblaciones fanáticamente religiosas. No obstante, la tenacidad de una serie de motivos del antisemitismo religioso, que por decirlo así sobrevivieron a la religión misma, hace imposible desestimar completamente el aspecto religioso de la persecución. La tesis de la religión ha sido reformulada de acuerdo con esto. Por ejemplo, aunque Maurice Samuel, en su *The Great Hatred*,[21] aún trata el antisemitismo como un fenómeno específicamente cristiano, ya no lo vincula con el dogma sino más bien con una rebelión constante de lo que Kierkegaard hubiera llamado cristianismo oficial contra el espíritu cristiano: la resistencia de la naturaleza bárbara indómita contra los sacrificios exigidos por la religión del amor. De acuerdo con Samuel, el odio anti judaico es básicamente odio a Cristo. Lo que no nos atrevemos a hacer a los valores que se nos fuerza a abrazar, lo hacemos a "otros" valores que, no obstante, son esencialmente idénticos a los propios, es decir, tan fuertemente parecidos como lo son los núcleos doctrinales de las dos grandes religiones monoteístas. El judaísmo de Jesús se vuelve de suma importancia en este contexto. Esto, cabe señalar, está en línea con una teoría que parte de supuestos completamente diferentes: la deducción psicológica del antisemitismo en *Moisés y la religión monoteísta* de Freud.[22] Además, la afinidad de Samuel con *El malestar en la cultura* apenas puede pasarse por alto.

No rechazamos esta tendencia de pensamiento. Por el contrario, muchos de nuestros resultados parecen corroborar las "especulaciones" de Samuel. Esto no concierne tanto a las actitudes abiertamente religiosas como a los hallazgos obtenidos al nivel de la personalidad. El conflicto del convencionalismo superficial y la rebeldía subyacente está íntimamente relacionado con la oposición al humanismo cristiano. Las ansias destructivas tan claramente evidenciadas a través del material TAT muestran el estado de ánimo "bárbaro", pagano, así como también su desvío desde el propio mundo al "otro". La naturaleza proyectiva de la ecuación que equipara el odio a los judíos con el odio a Jesús es obvia, y la proyectividad demostró ser un elemento sumamente penetrante de la estructura de carácter de las

personalidades "con puntajes altos". Apenas hay algún rasgo del síndrome "alto" que contradiga la propuesta de Samuel.

Se debe hacer hincapié, no obstante, en el hecho de que estos rasgos se manifiestan en un plano mucho más amplio que el sugerido por la tesis religiosa. Esta última está en falta en la medida en que reduce una serie de observaciones correctas y significativas a un "factor" arbitrariamente seleccionado que parece convincente porque representa de manera bastante adecuada ciertas tendencias de la totalidad del proceso social, pero que no puede considerarse plausiblemente como responsable último de los fenómenos en cuestión. En lo relativo al antisemitismo, el proceso histórico de la cristianización no es más que un aspecto de la civilización, y la corriente subterránea de la "rebelión de la naturaleza bruta" no se limita a la tradición judeocristiana, sino que ensombrece a toda la civilización hasta ahora. Se trata verdaderamente de un "malestar en la cultura". La rebelión contra la civilización se debe al hecho de que esta impone incesantemente todo tipo de sacrificios materiales y psicológicos. Se supone que son "racionales" porque se espera que garanticen la autoafirmación del todo y la seguridad del individuo, pero es algo en lo que fracasan. La furia contra la civilización, concentrada en su forma pura, por decirlo así, en el antisemitismo, se origina en la sensación de sentirse engañado. Debido a la promesa no cumplida de redimir al hombre de la barbarie, la civilización una y otra vez da rienda suelta a los instintos bárbaros. El rebelde contra la civilización es estimulado por inagotables estallidos de ira porque el poder que oprime al bárbaro en él es en sí mismo bárbaro. Prefiere vivir en un mundo caótico e incluso destruirlo todo antes que vivir en una cultura que él sabe que no es más que un sistema que garantiza el control de quienes están en el poder. Como no podría vivir de otra manera, como "su" mundo se derrumbaría de otro modo, su furia latente contra sus opresores –que son más fuertes que él– se transfiere y dirige contra la idea misma del bien que ha sido contaminado por esta civilización. Este desplazamiento también le permite seguir la línea de menor resistencia y perseguir a aquellos que de todos modos son débiles. Samuel ha intuido esta estructura. No fue capaz, no obstante, de relacionarla con fuerzas sociales básicas y, en cambio, la limita al rango ideológico de la aceptación y el rechazo religiosos. La concreción que gana así, su capacidad de señalar una "razón" específica y tangible del antisemitismo, es espuria. El cristianismo participa del antisemitismo en la medida en que está implicado en la totalidad de la civilización. Sin embargo, la idea de que el imaginario cristiano sigue siendo tan poderoso que la formación reactiva a él puede ser la única explicación del odio totalitario es arbitraria y no soporta mayor escrutinio. Si fuera cierta, la presión del cristianismo tendría que igualarse a la presión del latente anticristianismo, lo cual evidentemente no es verdad. Países con tradiciones cristianas ancestrales, como por ejemplo los latinos, o países donde, en la estela del calvinismo, la religión moldeó profundamente la vida secular, hasta ahora han demostrado ser más inmunes al virus antisemita que Alemania, donde la cristianización nunca terminó de tener éxito, y donde tendencias pagas no sublimadas sobrevivieron a lo largo de distintas épocas. El anticristianismo no es más que una fuerza auxiliar del antisemitismo. Querer postularlo como la raíz del problema es una peligrosa falacia porque ofrece un confort fácil a los judíos que, cuando son perseguidos, tratan de hacer creer a otros y a sí mismos que el ataque está igualmente dirigido contra los protestantes y los católicos. En términos pragmáticos, esta ideología a menudo huele a un intento por asegurar la ayuda de los grupos gobernantes a través de una identificación que apenas tiene algún sustento en la realidad.

La actitud hacia la teoría "existencial"

En el capítulo 1 mencioné el altamente sugerente estudio "Retrato del antisemita"[23] de Jean-Paul Sartre.[24] De todas las discusiones filosóficas del problema que conocemos, esta es la que más se acerca a nuestra propia interpretación del antisemita. No obstante, diferimos marcadamente del señor Sartre con respecto a algunos conceptos filosóficos básicos. Lo impresionante es que

las declaraciones de Sartre, que conocimos solo después de haber comenzado a formular nuestros resultados finales, coinciden con nuestra interpretación incluso hasta en detalles sumamente concretos, el tipo de detalles que, como norma, solo puede esperarse de la investigación empírica. Aunque su terminología es completamente diferente de la nuestra, el núcleo de la intuición es casi el mismo. La insistencia de Sartre en que la implicación emocional del antisemita "no ha sido provocada por la experiencia"[25] es equivalente a nuestra tesis de que la persona "de puntaje alto" es incapaz de tener una experiencia verdadera y que el antisemitismo, en un grado no menor que otros elementos de la ideología pseudoconservadora, funciona como un sustituto de tal experiencia. También Sartre se da cuenta de que el antisemita "nunca cree en realidad",[26] que fluctúa entre el delirio y cualquiera sea la experiencia que todavía es capaz de tener. "Pero no creamos que los antisemitas se dejan engañar totalmente por lo absurdo de estas respuestas"[27] (los estereotipos habituales de los judíos como tramposos e insidiosos). Lo que denominamos "anti-intraceptividad"[28] Sartre lo formula del siguiente modo: "Este modelo exterior lo dispensa [al antisemita] de buscar dentro de sí su personalidad; ha elegido ser puramente exterior, no volver nunca en sí, no ser nada sino el temor que inspira a los otros".[29] El conformismo sadomasoquista y el odio contra los intelectuales y cualquier cosa que sea diferente: "Y el antisemita no se hace ilusiones sobre lo que es. Se considera un hombre medio, menos que medio; en el fondo, mediocre".[30] Buscar un subterfugio en la colectividad farsante: "Si se hace antisemita es porque no puede serlo solo. La frase: 'Odio a los judíos' es de las que se pronuncian en grupo; al pronunciarla se adhiere a una tradición y a una comunidad".[31] Nuestro concepto general del carácter fascista: "Empezamos a comprender que el antisemitismo no es una simple 'opinión' sobre los judíos y que compromete a la persona entera del antisemita".[32] Otra declaración de Sartre atañe a un concepto que se ha abierto paso en los análisis del agitador fascista realizados en el Instituto de Investigación Social: el agitador imagina que el judío hace el mal solo por hacerlo, es decir, de manera totalmente irracional: "…un principio metafísico que lo impulsa a *hacer el mal* en toda circunstancia, aunque para ello deba destruirse a sí mismo. Este principio, qué duda cabe, es mágico".[33] La antes mencionada tendencia del antisemita a ponerse en contra del "ideal" y atacar en cambio a la víctima de la opresión, en conjunto con la rencorosa lealtad a lo existente, también es identificada por Sarte: "El antisemita teme descubrir que el mundo está mal hecho".[34] Bajo la actitud positiva de los "altos" se alza imponente su opuesto: "el maniqueo antisemita pone el acento en la destrucción".[35]

La capacidad para la experiencia del propio Sartre y la tradición de la "psicología" francesa, tal como la definen los grandes novelistas desde Stendhal y Flaubert hasta Proust (que produjo extraordinarios análisis de los giros antisemitas; véanse las partes de su obra dedicadas al caso Dreyfus), parecen ser tan fuertes que desactivan los elementos ideológicos de la filosofía a la que él suscribe. El principal principio de esta filosofía es la idea de "decisión": que el valor del hombre depende de su libre decisión y, en último término, de su capacidad para afrontar el destino sin velos ni ilusiones. Esto induce a Sartre a interpretar el antisemitismo simplemente en términos de la individualidad, aunque sabe, desde luego, que el antisemitismo es concomitante con actitudes sociales y políticas específicas. "Así resulta evidente para nosotros que ningún factor externo puede inculcar en el antisemita su antisemitismo. El antisemitismo es una elección libre, total y espontánea".[36] Mientras que el énfasis en la estructura general de la individualidad antisemita es sumamente productivo, resulta no obstante imposible aislar esta individualidad, tratarla como un absoluto, y cegarnos a su funcionamiento como una agencia de represión social. Sin embargo, un escrutinio más cuidadoso del concepto aparentemente individualista del antisemita de Sartre muestra que incluso la afirmación kierkegaardiana de la actitud de "elección libre" del antisemita contiene un elemento de verdad. Nuestra propia tesis sobre la naturaleza secundaria de la transferencia negativa del antisemita, sobre el carácter "funcional" del antisemitismo,

apunta en la misma dirección. Una y otra vez se ha observado que el antisemitismo individual es activado y desactivado, tal y como las "acciones espontáneas" contra los judíos fueron producidas y suspendidas durante el Tercer Reich. Arrojar luz sobre este aspecto del antisemitismo debiera modificar de algún modo el supuesto de Sartre según el cual este "es, al mismo tiempo, una pasión y una concepción del mundo".[37] Mientras que no cabe dudar de la base emocional del antisemitismo: libido reprimida transformada en destructividad, esta libido es no obstante esencialmente "flotante", como la llamaría el psicoanálisis. La transferencia con el objeto específico implica al yo. El hecho mismo de que el antisemitismo no es una simple actitud sino una ideología pseudorracional cuya inherente falsedad nunca está oculta del todo para la personalidad fascista, necesita el tipo de involucramiento del yo que Sartre interpreta con la ayuda de la idea existencialista de la "libre elección". La verdad tras este concepto es que el "yo débil" necesita la ideología antisemita para su autoafirmación, por espuria que esta pueda ser. Esto está sugerido en la observación de Sartre acerca de que la adherencia a una ideología de odio arbitraria le da al sujeto "la apariencia de existir". Quien profesa violentamente odiar a los judíos o, según la formulación de Sartre, quien "no puede soportar a los ingleses",[38] aparece con eso ante sí mismo como "alguien", una persona fuerte e independiente, caracterizada por rasgos distintivos específicos, un individuo duro a quien uno debe tomar en cuenta. Esta formación reactiva obvia y extrema a la debilidad del yo carece de toda verdadera sustancia porque no es una expresión primaria sino un mecanismo de defensa en el sentido más estricto del término. No es accidental que Sartre asuma una actitud positiva hacia el psicoanálisis cuando discute la ambivalencia del antisemita ante la imagen de la mujer judía. La mayoría de las experiencias a las que se refiere en lenguaje existencialista pueden expresarse en lenguaje psicoanalítico sin la falacia de un cortocircuito entre concepciones metafísicas que nunca pueden aplicarse directamente a hallazgos empíricos e intuiciones de una sustancia puramente psicológica. Algo análogo se puede decir sobre el aspecto social de la teoría de Sartre. Cuando escribe: "¿Qué quiere decir esto, sino que el antisemita ha escogido recurrir, para comprender el mundo, al espíritu de síntesis? El espíritu de síntesis le permite concebirse a sí mismo como formando indisoluble unidad con toda Francia",[39] esto en realidad es equivalente a nuestra propia propuesta de que el antisemitismo tiene la función de penetrar una realidad social por lo demás opaca, alienada. En nuestras categorías, el elemento de elección, en el que Sartre pone tanto énfasis, se interpretaría como sugiriendo que el sistema paranoico al cual el antisemita se aferra de manera desesperada y colectiva en realidad sirve al propósito de construir una pseudorrealidad que, tratándose de un "sistema cerrado" de decisiones, no puede ser refutada y ofrece así un grado considerable de seguridad intelectual. En palabras de Sartre: "Pero ¿cómo puede elegirse el razonar torcidamente? Porque se añora la impermeabilidad".[40]

Finalmente, la principal característica del carácter fascista, la ambivalencia entre la sumisión autoritaria y la rebeldía destructiva, es definida por Sartre al final de su estudio. Sabe que la estructura del carácter fascista supone la necesidad de cometer excesos si estos llevan la marca de la aprobación social, una actitud que, por cierto, es psicológicamente idéntica a la externalización del superyó tal y como la hemos discutido en distintos contextos.

6. Comentarios generales sobre la teoría psicológica del antisemitismo

Herbert Aptheker[41] fundamenta su crítica de *An American Dilemma* de Gunnar Myrdal[42] en el punto de vista de su autor acerca de que el problema del negro estadounidense es un problema "en el corazón de los estadounidenses", que "las tendencias sociales tienen su principal significado para el estatuto del negro debido a lo que está en la mente de las personas blancas".[43] La clave del argumento de Aptheker es que el problema del negro se abstrae de sus condiciones socioeconómicas cuando es tratado como si fuera de una naturaleza esencialmente psicológica, perdiendo así su filo. Aptheker acumula suficiente evidencia

para esta afirmación, tanto con respecto a ciertos aspectos del trabajo de Myrdal como, especialmente, con respecto a su efecto en la opinión pública, como si el problema de la discriminación contra los negros pudiera resolverse mediante un cambio de opinión por parte de las personas y sin presuponer cambios esenciales en las condiciones sociales.

Nuestro propio enfoque es predominantemente psicológico en la medida en que va más allá del ámbito ideológico y se interesa por las fuerzas motivadoras. Sin embargo, no sostenemos que el antisemitismo sea esencialmente una cuestión de "mentalidad gentil". Para aclarar esta aparente inconsistencia, así como nuestra propia posición con respecto a la "teoría psicológica" del antisemitismo, podríamos señalar lo siguiente.

Distinguimos entre el antisemitismo en cuanto fenómeno social objetivo y el antisemitismo como un tipo peculiar de individualidad similar a la de la exposición de Sartre, que por buenas razones se llama "Retrato del antisemita" y no "Psicología del antisemita". Este tipo de personalidad es accesible al análisis psicológico. No es la última de las razones por la que decidimos enfocar nuestra investigación en la susceptibilidad antes que en una abierta adherencia al credo antisemita la esperanza de poder llegar así a una imagen clara del tipo de personalidad y las precondiciones subjetivas para el "viaje" fascista, aunque la decisión, si esa persona se unirá realmente a un movimiento, no pueda tomarse únicamente sobre fundamentos psicológicos sino que implica factores objetivos que se hacen sentir en el individuo a través de las cambiantes situaciones políticas y económicas que debe afrontar. Sería imposible reducir el fenómeno objetivo del antisemitismo actual, con su historial ancestral y todas sus implicancias sociales y económicas, a la mentalidad de quienes, para decirlo con Sartre, tienen que tomar su decisión con respecto a este problema. Hoy en día, todo y cada hombre se enfrenta con una carga enorme de prejuicios objetivamente existentes, discriminaciones y actitudes antisemitas articuladas. El poder acumulado de este complejo objetivo es tan grande y aparentemente supera por tanto los poderes de resistencia individuales que podríamos preguntarnos por qué las personas no son antisemitas, en vez de preguntarnos por qué ciertos tipos de personas son antisemitas. Así, sería ingenuo basar un pronóstico del antisemitismo, esta verdadera enfermedad "social", en el diagnóstico de los pacientes individuales. Incluso su actitud personal, por no decir nada de la posibilidad misma del fascismo, en la medida en que puede implicar esta actitud solo en un grado menor, puede explicarse mediante su mentalidad específica. Este hecho hace que sea adecuado aproximarse al problema por medio de una indagación psicológica como la nuestra, que mide y determina cualitativamente las potenciales reacciones que es esperable que ocurran si la situación cambia debido a severos desórdenes económicos o a la creciente "respetabilidad" social del antisemitismo. Muestra, además, cómo y hasta qué punto las fuerzas sociales objetivas que llevan al antisemitismo operan en el individuo no solo desde fuera sino también desde su interior, y permite asumir que la persona "de puntaje alto" es peligrosamente indicativa del espíritu de la época en la medida en que es representativa de amplios sectores de la población hoy en día. Esta intuición es de suma importancia. Debiese poner un alto a cualquier ilusión que las agencias de defensa puedan albergar con respecto al antisemitismo como un mal traído a las mentes inocentes de la población desde fuera por medio de propaganda engañosa: una ingenuidad comparable solo a aquella que no logró advertir la seriedad de la amenaza antisemita en Alemania porque parecía estar totalmente fuera de proporción con el estado general de ilustración alcanzado en ese país. Sin embargo, nuestro objetivo no es "la psicología del antisemitismo", esto lo consideramos imposible. Solo podemos realizar algunas extrapolaciones desde ciertas tendencias antropológicas de la cultura y, por supuesto, corroborar algunas ideas relativas al tipo de resistencia subjetiva contra el fascismo que podemos esperar. No hace falta decir que consideramos el factor humano como uno entre muchos otros elementos en el proceso socioeconómico que engendra el fascismo.

Esto afecta de algún modo nuestro enfoque psicológico. Debiese aclararse aquí que no socio-

logizamos la psicología, por decirlo así. Todos los conceptos e hipótesis tomados de la escuela freudiana se refieren a las dinámicas de la personalidad. Sin embargo, no usamos las teorías psicoanalíticas específicas del antisemitismo, como por ejemplo la propuesta de Freud sobre un patrón repetitivo de asesinato del padre de la horda primordial (*Urhorde*), el asesinato del Moisés egipcio y el asesinato de Cristo, o la explicación del antisemitismo mediante el complejo de castración y "lo ominoso de la circuncisión" (desarrollado por Freud y Fenichel). Estas tesis tienden a reducir genéticamente el antisemitismo a acontecimientos psicológicos, casi, podríamos decir, a los "traumas" aislados, por medio de una analogía un tanto dogmática entre la etiología individual y la causalidad social. Esta ingenuidad da a los constructos, que tratan fenómenos del espíritu objetivo así como también los de la realidad social como si fueran neurosis y pudieran ser entendidos en términos de alguna experiencia primordial, un matiz apócrifo y caótico. Además, explicar el antisemitismo exclusivamente como culpa y complejo de castración no hace demasiado honor a la experiencia emocional del antisemita: interpreta el odio a los judíos como [algo] mucho más específico, "genuino" y sustancial de lo que realmente es. La personalidad antisemita muestra ciertos rasgos neuróticos o, para citar a Ernst Simmel,[44] psicóticos, pero dichos rasgos no pueden entenderse como derivados de experiencias originales con los judíos. Buscar tales experiencias acerca peligrosamente el análisis a las fantasías metodológicas salvajes. Si la psicología del antisemita se llevara al extremo, tendría que alcanzar finalmente un punto en el cual la represión externa, social, y los mecanismos intersubjetivos de la represión psicológica coincidirían. Este análisis sin duda implicaría el temor a la castración y los sentimientos de culpa basados en el asesinato imaginario del padre, y es igualmente cierto que estos complejos se alimentan de memorias históricas y mitológicas. No obstante, es irresponsable tratar acontecimientos históricos altamente dudosos, como la muerte de Moisés –que probablemente fue una condensación colectiva más que un individuo– como realidad empírica literal a partir de la cual pueden derivarse actitudes sociales y complejos psicológicos. Estamos en deuda con el Freud que desarrolló la teoría del inconsciente y de la represión, del ello, el yo y el superyó, no con el Freud antropólogo.

Mientras que esta reserva con respecto al enfoque psicoanalítico tiene que ver con los orígenes arcaicos, otra se refiere a su última fase: casi podríamos decir al final de la psicología antisemita. La incapacidad de la personalidad "de puntaje alto" de tener experiencias, su aceptación (a la vez rígida e intercambiable) de patrones ideológicos dados, la debilidad de su propio poder de autointegración, todo esto ha sido puesto de relieve por nuestro estudio. La vinculación de rasgos que pueden ser denominados fracaso de la individuación bien puede ofrecer la definición última del síndrome "alto". Esto indica una tendencia histórica que afecta no tanto a la psicología individual como al *locus* de la psicología como tal. Es el declive de la individualidad producida por la disminución de la libre competencia y la economía de mercado. Si el individuo, en el sentido de un equilibrio entre el yo, el superyó y el ello, ya no puede considerarse la forma característica de los seres humanos de hoy, la psicología puede comenzar a volverse obsoleta en la medida en que las acciones individuales ya no pueden ser explicadas adecuadamente en términos del propio hogar psicológico del individuo. No es casual que la teoría de Freud se concibiera durante la segunda mitad del siglo XIX, cuando la individualidad como categoría social estaba en su punto más alto. Tampoco es casual que las clásicas neurosis de transferencia sobre las cuales Freud desarrolló su teoría parecen desvanecerse y son gradualmente reemplazadas por conflictos narcisistas cuyo tratamiento ha inspirado a las escuelas revisionistas. Si el individuo ya no puede afirmarse a sí mismo enfatizando su independencia y fuerza, si solo puede tener éxito rindiéndose a los poderes colectivos, la clásica interacción psicoanalítica entre el yo, el superyó y el ello se ve seriamente afectada y la antigua definición del principio de realidad mediante la cristalización de un yo fuerte deja de ser cierta. Aunque no podemos ahondar en estos cambios y la manera en que pueden afectar el marco con-

ceptual del psicoanálisis, podemos al menos aventurar la hipótesis de que la psicología del antisemita contemporáneo de cierto modo presupone el fin de la propia psicología; es por esta razón que no puede ser adecuadamente descrita en términos psicológicos. A lo que nos enfrentamos aquí no es el antiguo odio a los judíos como un poder emocional diferenciado. Es la disposición de ciertos tipos de hombres a aceptar mecánicamente patrones ideológicos dados, "tickets", que también contienen eslóganes antisemitas pero que ya no están inspirados por reacciones antisemitas *per ser*.[45] esta disposición es la contraparte subjetiva de la transformación objetiva del antisemitismo en un puro aparato administrativo. Podríamos decir que nuestra época de genocidio antisemita totalitario ya no conoce más el antisemitismo "espontáneo", y es posible que la ausencia misma de un fundamento emocional auténtico y específico lo haga tan despiadado (véase la época de la Contrarreforma, en la que la persecución religiosa y la caza de brujas fue especialmente cruel porque las enseñanzas religiosas en cuyo nombre ocurrió la persecución ya no tenían ninguna sustancia). Puede ser una función de nuestro estudio señalar las limitaciones de los determinantes psicológicos en el hombre moderno y su reemplazo por la omnipotente adaptación social que, psicológicamente considerada, es regresiva y, al mismo tiempo, se acerca al concepto de los conductistas del hombre como un manojo de reflejos condicionados. El síndrome "alto" ha de verse a la luz de esta retrogresión total. Para lograr la adaptación social, la persona "de alto puntaje" renuncia a la idea misma de su propia individualidad, tendencia que se acerca al argumento de Sartre de que el antisemita tiene miedo "de sí mismo, de su conciencia, de su libertad, de sus instintos, de sus responsabilidades, de la soledad, del cambio, de la sociedad y del mundo; de todo, menos de los judíos".[46] Esta última declaración expresa la irrealidad definitiva del odio antijudaico como tal. Esta irrealidad nos ofrece la esperanza de que el propio antisemitismo pueda desaparecer con la desaparición de la "psicología del antisemita".

Hoy en día, los hombres tienden a ser transformados en "agencias sociales" y a perder los atributos de la independencia y la resistencia que solían definir al antiguo concepto del individuo. La dicotomía tradicional entre las fuerzas sociales objetivas y los individuos, que mantenemos metodológicamente, pierde así parte de su sustancia. Mientras más se "socializan" las personas, es decir, mientras más son moldeadas por medio de la adaptación total a la estructura social, más hallazgos –pertinentes a la esencia de la sociedad como tal– pueden reunirse a partir del estudio de los miembros de esta sociedad. La armonía preestablecida entre una sociedad integral y aquellos que la componen disminuye la importancia de una distinción entre el análisis de las reacciones objetivas (estímulos) y subjetivas. Mientras que la prioridad causal aún atañe a los elementos estructurales objetivos, esta prioridad ya no fuerza a los cientistas sociales a comenzar por la "esfera de la producción" objetiva. Si nuestra sociedad realmente está en camino a volverse un todo único, dejar cada vez menos resquicios para el individuo y tolerar cada vez menos ámbitos de existencia no sociales, individuales, no hace una gran diferencia si se comienza por el análisis de las fuerzas económicas o por el hombre. Todos los caminos llevan al mismo centro, dado que las dinámicas sociales atañen a las instituciones no menos que a las personas; estas son en realidad el producto de dichas dinámicas. Esta es la hipótesis tras nuestra aseveración de que los mecanismos a los cuales los individuos son incesantemente sometidos desde el exterior han de encontrarse en las profundidades de estos mismos individuos.

En vista de la naturaleza misma de la amenaza fascista hay mucho para decir a favor del enfoque subjetivo. La sociedad moderna es una sociedad de masas. Esto no se refiere simplemente al enorme aumento cuantitativo de la población mundial durante la era industrial. También hay connotaciones cualitativas. Todo el patrón de la cultura actual está moldeado de tal manera que se ocupa de las masas al "integrarlas" en formas estandarizadas de vida construidas según el modelo de la producción industrial masiva y al satisfacer real o vicariamente sus deseos y necesidades. El enorme aumento actual del control social sobre las masas se iguala a la presión potencialmente

ejercida por las masas sobre la estructura social. Las poblaciones son tratadas *en masse* porque ya no son "masas" en el sentido antiguo del término. Son manipuladas como objetos de todo tipo de organizaciones sociales, incluidas las suyas propias, porque su condición de mero objeto se ha vuelto problemática desde que alcanzaron –mediante la civilización técnica– un estadio de ilustración que les permitiría volverse verdaderos sujetos si los mecanismos de control fueran destituidos en algún momento. Incluso la represión en su forma más despiadada tuvo que tomar en cuenta a las masas oprimidas. Como señaló Otto Kirchheimer, la economía y la política nazis no representaban simplemente los intereses del grupo dominante, sino que conservaban rasgos de cierta transigencia. Las masas son incesantemente moldeadas desde arriba, deben ser moldeadas si han de mantenerse a raya. La abrumadora maquinaria de la propaganda y la industria cultural evidencia la necesidad de este aparato para la perpetuación de una configuración cuyas potencialidades han dejado atrás el *statu quo*. Como este potencial es también el potencial de la resistencia efectiva contra la tendencia fascista, es imperativo estudiar la mentalidad de quienes están en el extremo receptor de las dinámicas sociales actuales. Debemos estudiarlas no solo porque reflejan estas dinámicas, sino sobre todo porque son su antítesis intrínseca. BL

NOTAS

1. Véase, Eugene Hartley, *Problems in Prejudice*, Nueva York, King's Crown Press, 1946. Para este estudio, Hartley condujo una serie de investigaciones psicológicas sobre la naturaleza del prejuicio. Los grupos focales estuvieron conformados por estudiantes de ocho universidades distintas de Estados Unidos. Se pidió a cada participante calificar su tolerancia a cuarenta y nueve tipos distintos de personas, donde tres tipos eran de origen ficticio. En términos generales, Hartley llegó a dos conclusiones principales, que Adorno señala como cercanas a los hallazgos de su propio grupo de estudio: 1) que actitudes prejuiciosas como las "antisemitas" o "antinegros" no pueden considerarse fenómenos específicos, sino que son sentimientos que surgen de una personalidad intolerante generalizada; y 2) que la cantidad de prejuicios de las personas no necesariamente se correlaciona con cuán propensas sean a actuar violentamente a partir de sus creencias. Además, Hartley hizo que todos los sujetos escribieran breves biografías de sí mismos. A partir de ellas, encontró que quienes exhibían rasgos intolerantes también mostraban un rechazo a asumir responsabilidad por sus pensamientos y acciones. Tendían a adaptarse sin reparos a las costumbres convencionales y sentían inseguridad con respecto a su posición y estatus social. Es posible que una razón por la que Adorno y el grupo de Berkeley no hayan sabido antes del estudio de Hartley sea que *Problems in Prejudice* fue una publicación atrasada: aunque Hartley completó sus investigaciones en 1939, los hallazgos no se publicaron sino hasta 1946 debido a las circunstancias causadas por la guerra.
2. [I] Al que pertenecen conceptos tales como la idea de la pseudopersonalización, la sustitución de los medios por los fines, la hostilidad contra las meras imágenes, el cambio funcional de los conceptos religiosos, el "culto de lo existente" y muchos otros.
3. No es del todo claro a cuál estudio se refiere Adorno. El Instituto de Investigación Social realizó múltiples análisis sobre la producción y los efectos de la propaganda. Lo más probable es que se esté refiriendo al quinto volumen de la serie "Studies in Prejudice", *Prophets of Deceit*, de Leo Löwenthal y Norbert Guterman, proyecto que investigó cuidadosamente las técnicas de propaganda de las alocuciones radiales y los panfletos producidos por pequeños grupos antisemitas en Estados Unidos entre los años 1933 y 1941. Véase Leo Lowenthal y Nobert Guterman, *Profetas del engaño. Un estudio de las técnicas del agitador estadounidense*, trad. Francesc J. Hernàndez, Buenos Aires, Las cuarenta, 2024 [1949]
4. Adorno se refiere aquí a los sujetos que obtienen altos puntajes en los índices de prejuicio del estudio.
5. Los autores dividen el primer capítulo de *La personali-*

dad autoritaria en tres secciones: "El problema", "Metodología" y "Procedimientos empleados para reunir datos". Aquí Adorno se refiere a algunos párrafos de la primera sección, donde se exponen argumentos teóricos sobre el modo en que las fuerzas socioeconómicas no deben considerarse como el factor principal que gobierna las ideologías de las personas. Como su investigación reveló, personas con el mismo estatus económico diferían marcadamente en sus opiniones políticas. Por lo general tenían ideas irracionales que incluso eran desfavorables para su propio bienestar. "Más aún, contamos con creciente evidencia de que muchas veces el hombre no se comporta de manera favorable a sus intereses materiales aun cuando los conozca exactamente". Adorno y sus colaboradores postularon que las personas tienden a pensar en términos de "identificación de grupo", en cuyo marco las decisiones se toman para apoyar al "endogrupo" del que se consideran integrantes más que a través de consideraciones racionales. Como los regímenes fascistas dependen de la apelación a necesidades emocionales –a menudo "a los deseos y temores más primitivos e irracionales", en palabras de los autores del estudio–, los intereses racionales son opacados aún más por una sociedad que permite las tendencias irreflexivas. De ahí que el grupo de Berkeley creyera que un estudio riguroso de los rasgos psicológicos profundamente arraigados era necesario para comenzar siquiera a combatir el autoritarismo. La doctrina del "determinismo económico" tenía sus puntos ciegos y no podía explicar este fenómeno subjetivo. Véase Theodor W. Adorno, Else Frenkel-Brunswik, Daniel J. Levinson, y R. Nevitt Sanford, *La personalidad autoritaria*, trad. Dora y Aída Cymbler, Buenos Aires, Proyección, 1965 [1950], pp. 33-35.

6. Véase Jean-Paul Sartre, "Portrait of the Anti-Semite", *Partisan Review* 13.2 (Spring 1946): 163-178.
7. Véase, Joshua Trachtenberg, *The Devil and the Jews: The Medieval Conception of the Jew and its Relation to Modern Antisemitism*, New Haven, Yale University Press, 1943.
8. Véase, Paul W. Massing, *Rehearsal for Destruction: A Study of Political Anti-Semitism in Imperial Germany*, Nueva York, Harper & Brothers, 1949. Este libro fue el cuarto volumen de la serie "Studies in Prejudice".
9. Adorno no cita el detalle de las encuestas de opinión específicas a las que se refiere, ni tampoco es mencionado en *La personalidad autoritaria*. Lo más probable es que la encuesta se trate de un extenso cuestionario que *Fortune* aplicó en febrero de 1946 para descubrir el estado del antisemitismo en Estados Unidos tras la guerra. *Fortune* encontró que si bien "las autoridades competentes concuerdan en que el sentimiento antijudaico en Estados Unidos alcanzó nuevos récords [a medida que] la guerra se acercaba", se detuvo abruptamente tras la caída de Hitler. Solo el 8.8 % de la población adulta se consideraba a sí misma conscientemente antisemita en 1946. Por lo general, los grupos más antisemitas fueron los ricos (13.5 %) y aquellos con un fuerte sentimiento "antibritánico" (13.5 %). Se descubrió que los menos antisemitas eran los afroamericanos: solo un 2.3 % tenía opiniones negativas sobre los judíos. Véase Editores (con asistencia del Dr. H. Scudder Mekeel), "The Fortune Survey", *Fortune*, febrero de 1946.
10. Adorno no cita el detalle de las encuestas de opinión específicas a las que se refiere, ni tampoco es mencionado en *La personalidad autoritaria*. Entre 1935, cuando se fundó el Instituto Gallup, y 1950, hubo una serie de cuestionarios en torno a la opinión del público estadounidense sobre las personas judías y Alemania bajo el gobierno de Hitler. Varios de finales de la década del treinta pudieron ser relevantes para las observaciones de Adorno sobre el tema. Por ejemplo, en agosto de 1937 el Instituto Gallup realizó la consulta: "¿Cree usted que el sentimiento antijudaico está aumentando o disminuyendo en este país?". Ahora bien, no fue posible determinar una opinión clara a partir de los resultados: de 2933 personas consultadas, el 29.25 % respondió que aumentando, 23.39 % dijo disminuyendo, 24.45 % dijo que seguía igual, y el 22.91 % no tenía una opinión al respecto. En abril de 1938, la respuesta al destino de los judíos bajo el Tercer Reich fue ambivalente. A la pregunta: "¿Cree usted que la persecución de los judíos en Europa ha sido culpa de ellos mismos?", el 10.90 % respondió que totalmente, el 53.99 % dijo que parcialmente, y el 35.11 % respondió que en absoluto (de un total de 2832 encuestados). Una pregunta similar se planteó en noviembre del mismo año: "¿Usted aprueba o reprueba el tratamiento que los nazis […] dan a los judíos en Alemania?". De las 3121 respuestas, la aprobación alcanzó solo el 5.58 %, el 6.22 % de los encuestados no tenía una opinión al respecto, mientras que la reprobación llegó al 88.21 %. La encuesta Gallup preguntó en abril de 1938: "¿Usted piensa que habrá una campaña generalizada contra los judíos en este país?". De los 3123 consultados, 16.39 % respondió que sí, 70.77 % dijo que no, y el 12.84 % no tenía una opinión al respecto. La pregunta de seguimiento, "¿Usted apoyaría esta campaña?", fue respondida por 2946 personas: 11.74 % respondió que sí y 88.26 % que no. Estas mismas dos preguntas fueron hechas nuevamente en marzo de 1939, con respuestas ligeramente distintas. De las 1581 personas consultadas, el 19.73 % pensaba que habría una campaña generalizada contra los judíos en Estados Unidos, el 66.16 % pensaba que no y el 14.10 % no tenía una opinión al respecto; el 11.82 % dijo que la apoyaría, el 81.37 % dijo que no la apoyaría, y el 6.80 % no tenía opinión. Finalmente, la encuesta de marzo de 1939 también

preguntó: "¿Usted cree que el sentimiento antijudaico está aumentando o disminuyendo en este país?". De las 1540 personas consultadas, el 45.26 % pensaba que el sentimiento estaba aumentando, el 16.62 % pensaba que estaba disminuyendo, el 16.62 % no observaba cambios, y el 21.49 % no tenía opinión. Cuando se le preguntó a 1459 encuestados "¿Qué tan intensos son sus sentimientos sobre esto?", el 10.69 % respondió que eran muy fuertes, el 8.43 % respondió que moderados, el 56.63 % dijo no tener sentimientos fuertes al respecto, y el 26.25 % respondió que ligeramente fuertes.

11. Véase Ernst Simmel (ed.), *Anti-Semitism: A Social Disease*, Nueva York, International Universities Press, 1946. Véanse especialmente el capítulo 2, "Elements of Psychoanalysis Theory of Anti-Semitism" de Otto Fenichel (pp. 11-32), y el capítulo 3, "Anti-Semitism and Mass Psychology", de Ernst Simmel (pp. 33-78). Es importante mencionar que el propio Adorno es autor del capítulo 7 de este libro colectivo, que lleva por título "Anti-Semitism and Fascist Propaganda" (pp. 125-137).
12. [II] Véase Theodor W. Adorno, "Social Science and Sociological Tendencies in Psychoanalysis", conferencia leída en la reunión bianual de la San Francisco Psychoanalytic Society en el mes de abril de 1946.
13. [III] Desde luego, el TAT también es un instrumento exclusivamente psicológico. Debido a las reacciones más asociativas y menos racionales de los sujetos, va incluso más profundo en el inconsciente que las secciones clínicas y genéticas de las entrevistas. Sin embargo, la naturaleza específica del instrumento de Murray nos permitió aplicarlo sin formular de manera explícita hipótesis como se hizo, por ejemplo, con respecto al cuestionario. Naturalmente, teníamos ideas bastante definidas sobre su relación con otros medios de comunicación. [Nota de los editores: el Test de Apercepción Temática (TAT) fue desarrollado por Henry A. Murray y Christiana Morgan en 1934 en la Harvard Psychological Clinic. Tal como lo describe el grupo de Berkeley en el primer capítulo de *La personalidad autoritaria*, "el *Test de Apercepción Temática* es una conocida técnica proyectiva en la cual se presenta al sujeto una serie de imágenes dramáticas para que relate lo que ve en ellas. El material así reunido puede, una vez interpretado, revelar mucho acerca de los deseos y conflictos subyacentes, y de los mecanismos de defensa del individuo. Modificamos ligeramente la técnica a fin de adaptarla a nuestros propósitos" (p. 42). Adorno y sus colaboradores eligieron al 25 % de los sujetos con puntajes más altos y al 25 % de los sujetos con puntajes más bajos en la escala etnocéntrica para someterlos al test. Para una explicación detallada sobre cómo se aplicó el TAT y las conclusiones alcanzadas, véase el capítulo 14 de *La personalidad autoritaria*: "Aplicación del Test de Apercepción Temática al estudio de los individuos prejuicios y no prejuiciosos", escrito por Betty Aron (pp. 463-511)].
14. [IV] Shlomo Bergman, "Some Methodological Errors in the Study of Antisemitism", *Jewish Social Studies* 5.1 (January 1943): 43-60.
15. Junto con su hermano Otto Strasser, Gregor Strasser (1892-1934) es considerado uno de los más "eficientes organizadores" del Partido Nazi. Se unió en 1920 y al poco tiempo se convirtió en un miembro destacado. Fue encarcelado en 1924 por ayudar a liderar el fallido *Putsch* de la Cervecería en Múnich. Debido en gran parte a la influencia organizacional de Strasser, el Partido Nazi creció de 27.000 integrantes en 1925 a más de 800.000 en 1931. En 1932, cuando Hitler declinó la oferta de Hindenburg de ser vicecanciller, Strasser renunció al partido debido a crecientes desacuerdos entre las dos figuras. Finalmente, fue asesinado por soldados nazis por órdenes de Hitler en lo que llegaría a conocerse como la Noche de los Cuchillos Largos.
16. [V] Nathan Glazer, "The Study of Man: The Alienation of Modern Man", *Commentary* 3.4 (April 1 1947).
17. [VI] Cabe recordar que las principales acciones antisemitas de los nazis, antes de que se decidiera la verdadera política de exterminio, a menudo servían como encubrimiento para medidas económicas que eran fuertemente perjudiciales para el "hombre pequeño", como por ejemplo la tristemente célebre "Auskämmungsaktion" ["campaña de exclusión selectiva" – Ed.] contra los "Kleinbetriebe" ["negocios pequeños" – Ed.].
18. Referencia al poema de Friedrich Schiller "Mädchen aus Fremde" (1794). Una posible traducción del título sería "La muchacha extranjera".
19. Para más sobre el modo en que Freud define lo ominoso, véase Sigmund Freud, "Lo ominoso" (1919), *Obras completas 17 (1917-1919)*, trad. José L. Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu, 1992, pp. 215-251.
20. [VII] Véase, Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, "Elementos del antisemitismo. Límites de la Ilustración", *Dialéctica de la Ilustración*, trad. Joaquín Chamorro Mielke, Madrid, Akal, 2007 [1947], 183-222.
21. Véase, Maurice Samuel, *The Great Hatred*, Nueva York, A. A. Knopf, 1940.
22. Véase Sigmund Freud, *Moisés y la religión monoteísta* (1939 [1934-38]), *Obras completas 23 (1937-1939)*, trad. José L. Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu, 1991, 1-132.
23. [VIII] Jean-Paul Sartre, "Portrait of the Anti-Semite", *Partisan Review* 13.2 (Spring 1946): 163-178.
24. Este ensayo fue ampliado y publicado como libro con el título *Réflexions sur la question juive* en 1946. La primera sección del texto fue escrita en 1944, después de que París fuera liberada. Apareció originalmente en *Les*

Temps Modernes en diciembre de 1945 y luego en el número de primavera de 1946 de *Partisan Review*. En castellano: Jean-Paul Sartre, *Reflexiones sobre la cuestión judía*, trad. José Bianco, Buenos Aires, Sur, 1948.

25. Jean-Paul Sartre, *Reflexiones sobre la cuestión judía*, op. cit., p. 10.

26- Esta frase no aparece en el texto de Sartre, por lo cual es seguro asumir que Adorno insertó las comillas para expresar estilísticamente una frase idiomática antes que para señalar una cita.

27- Ibid., p. 18.

28- En el capítulo 7 de *La personalidad autoritaria*, Adorno y sus colaboradores describen así el término "anti-intracepción": "El término intracepción fue introducido por [Henry A.] Murray (89), quien le dio el significado de 'el predominio de sentimientos, fantasías, especulaciones, aspiraciones: una perspectiva humana, subjetiva, imaginativa'. Lo opuesto de la intracepción es la extracepción, 'término con que se designa la tendencia a regirse por estados físicos concretos, fácilmente observables (hechos objetivos, tangibles)'. Las relaciones entre intracepción/extracepción y la debilidad del yo, y entre aquéllas y el prejuicio son probablemente muy complejas, no siendo éste el lugar adecuado para analizarlas en detalle. Pero resulta bastante claro que la *anti*-intracepción, actitud de impaciencia ante el individuo subjetivo y tierno acompañada de oposición a éste, bien podría ser señal de debilidad del yo. El sujeto extremadamente antiintraceptivo teme pensar en los fenómenos humanos porque, por así decirlo, podrían acudir a su mente pensamientos reprochables; rehuye los sentimientos genuinos por miedo de perder el dominio de sus emociones. El contacto con amplias zonas de su vida interior le hace temer la inspección de su ser íntimo, sea por sí mismo u otras personas, por lo que aquélla podría revelar". Véase Theodor W. Adorno, Else Frenkel-Brunswik, Daniel J. Levinson, y R. Nevitt Sanford, "Medición de las tendencias antidemocráticas implícitas", *La personalidad autoritaria*, op. cit., pp. 239-40.

29- Jean-Paul Sartre, *Reflexiones sobre la cuestión judía*, op. cit., p. 19.

30. Ibid., p. 20.

31. Ibid., pp. 20-21.

32- Ibid., p. 30.

33. Ibid., p. 35.

34. Ibid., p. 36.

35. Ibid., p. 39.

36. Ibid., p. 15.

37. Ibid., p 16.

38. Ibid., p. 47.

39. Ibid., p. 31.

40. Ibid., p. 17.

41. [IX] Herbert Aptheker, *The Negro People in America: A Critique of Gunnar Myrdal's "An American Dilemma"*, Nueva York, International Publishers, 1946.

42. Véase, Gunnar Myrdal, *An American Dilemma: The Negro Problem and Modern Democracy*, Nueva York, Harper & Brothers, 1944.

43- Ibid., p. 998.

44. Véase, Ernst Simmel, "Anti-Semitism and Mass Psychology", *Anti-Semitism: A Social Disease*, Nueva York, International Universities Press, 1946, 33-78.

45. [X] Véase, Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, "Elementos del antisemitismo. Límites de la Ilustración", *Dialéctica de la Ilustración*, op. cit.

46. Jean-Paul Sartre, *Reflexiones sobre la cuestión judía*, op. cit., p. 48.